

MENSAJE A LOS EDUCADORES DE FINALES DEL SIGLO XX

Ignacio de Loyola, un maestro que nunca fue profesor

JOAQUIN MARIA GARCIA DE DIOS



0. Introducción

El 13 de marzo de 1533 Iñigo de Loyola obtuvo en París la Licenciatura en Artes: «licentia docendi, disputandi, determinandi... Parisiis et ubique terrarum.»

El día 5 de abril del mismo año 1533 obtenía el título de Maestro en Artes: en la Universidad de París aparece inscrito como el Maestro Ignacio.

Este es el primer documento en el que aparece el cambio de su nombre: de Iñigo a Ignacio.

Con este nombre, Maestro Ignacio, le empezaron a llamar sus compañeros y con este nombre ha pasado a la historia de la Iglesia y de la cultura.

0.1. Algunos presupuestos al estilo de Maestro Ignacio

Ignacio de Loyola era un hombre muy dado a formular «presupuestos» (= supuestos previos).

—Para poner en contexto una actuación, un escrito, un dicho: sabía que era muy importante «presuponer» algo que descubriese sus premisas, sus intenciones, el alcance de sus palabras.

Lo hacen los *desconfiados*:

—(Con muchas experiencias de no haber sido comprendidos, de haber sido mal interpretados, de haber sido muchas veces denunciados y acusados desde los equívocos o desde las malas intenciones).

Lo hacen los *realistas*:

—(Los que buscan precisión y contexto para una lectura adecuada de un escrito o para la comprensión matizada de un comunicado).

Lo hacen los que saben *que van a comprometerse* de verdad con sus afirmaciones:

—Y por eso las puntualizan, no para restarles alcance, sino para concretar y precisar más su compromiso.

0.2. Algunos presupuestos para esta comunicación

1. Saber es saber vivir.

Aprender es aprender a vivir.

Educar es lograr que aprendan a vivir.

Es maestro el que tiene discípulos que aprenden a vivir viendo vivir al maestro, que comprenden sus dichos y sentencias en el contexto de la vida y para la vida.

2. El Maestro Ignacio, desde los primeros pasos de su vida de maestro, se vio sujeto a tipificaciones que supusieron una lectura tendenciosa de su persona y de su experiencia.

Tipificaciones recortadoras que no sólo provenían de sus detractores sino a las que hemos contribuido no poco sus seguidores. Tipificaciones que funcionan como tópicos, como prejuicios y como falsos marcos de referencia para comprender su obra y su persona.

Algunos ejemplos de estas tipificaciones simplificadoras:

El Maestro Ignacio no enseñó a vivir: lo que enseñaba era a prepararse para morir, que era lo importante en aquel tiempo para él y para los predicadores de la época.

Ignacio de Loyola fue el obsesionado por la obediencia ciega, cerril, sin posible razonamiento.

Ignacio de Loyola inventó unos ejercicios espirituales que consisten en un amenazar a las personas con las llamadas verdades eternas para hacerlas salir del pecado y evitar que vuelvan a los malos pasos de su vida.

Es un maestro de la ascética y utiliza, como su manera típica de oración, la meditación con las tres potencias del alma: recordar, discurrir y tomar resoluciones, y esto ha pasado a la historia como el método ignaciano.

Ignacio de Loyola era el reglamentador, que multiplicó la legislación, las reglas, hasta dejarlo todo minuciosamente controlado para que el cumplimiento garantizase el orden, la unidad de acción, la uniformidad de una compañía a lo militar.

Y así podríamos prolongar el listado: pero casi los componentes de la mitología en torno a Ignacio de Loyola han nacido de la ignorancia, fervorosa y entusiasta de los adoradores; tendenciosa y resentida de los detractores.

La verdad es que (y sólo puntualizo los tópicos citados) Ignacio propuso un procedimiento para «ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea». Se trata de aprender a vivir en libertad.

Aunque tener una hipótesis trascendente y con esperanza en el más allá contribuye a dar un sentido más rico al vivir de cada día, y al proyecto de vida de cada día.

En realidad el Maestro Ignacio pretendía que cada hombre convirtiese su vida en su propio proyecto de vida.

Y para eso le daba un procedimiento liberador e iluminador.

Ignacio de Loyola escribió 12 tomos de cartas (varios miles) y en no pocas de ellas entraba en diálogo con sus súbditos para concretar las determinaciones de lo que se debía hacer. Elegir como prototipo de su sentir sobre la obediencia una carta-reprimenda a una comunidad de Portugal es ignorar la frecuencia de una práctica muy suya: firmar cartas en blanco para que, de antemano, la determinación de su súbdito ya apareciese refrendada por él.

Y deja al margen su concepción de la obediencia: superior y súbdito buscan, en diálogo, lo que el superior va a determinar. Y para lograr el acierto, los datos (los sentimientos y mociones) que aporta el súbdito sirven como punto de partida para la determinación del superior.

Es cierto que Ignacio de Loyola acabó escribiendo unas Constituciones.

Y es cierto que el número de reglas que escribió fue muy considerable.

Pero no es menos cierto que, con la intuición del realista, sabiendo que ni el General ni los Provinciales iban

Toda esta síntesis apretada de una manera especialísima de dialogar entre las personas la vivía el Maestro Ignacio en su relación habitual con discípulos, visitantes, dignatarios de la iglesia...

El Maestro Ignacio poseía una maravillosa gracia de hablar, decía de él Oliverio Manareo. Y lo concreta de esta manera: hablaba poco y dejaba hablar mucho.

Algunas de sus recomendaciones eran:

Hablar poco y tarde, oír largo y libenter, oyendo largo hasta que acaben de hablar lo que quieran.

Mirar primero de qué condición sea y hacernos de ella, es a saber, si es colérico y habla de presto y regocijado... no mostrarse grave, flemático o melancólico. ¿Que a natura son recatados, tardos en hablar, graves y pesados en sus conversaciones? Tomar el modo de ellos con ellos, porque aquello es lo que les agrada. Es de advertir que, si uno es de complexión colérico y conversa con otro colérico... debe ir... mucho armado con examen o con otro acuerdo de sufrir y no alterar al otro, máxime si lo conoce enfermo... Con los que sintiéremos tentados o tristes, habernos graciosamente con ellos, hablando largo, mostrando mucho placer y alegría dentro y fuera».

Al único que no soportaba era al dogmático que no sabía escuchar:

«Todavía una cosa y modo de hablar no podía sufrir, no solamente a los de casa, sino también a los de fuera, y era que hablasen asertiva y decretalmente, como quien da leyes y decretos...» (Les llamaba los interlocutores decretistas).

Al fin y al cabo, a todo buen dialogante, los dogmáticos les cortan el camino: con ese afán incomprensible de convertir el diálogo en dialéctica que sólo pretende acabar convenciendo a alguien (olvidando que la palabra convencido es compuesta de vencido) y creyendo que vale más ganar racionalmente, como si contra las personas se pudiera tener razón.

El Maestro Ignacio prefería que nos encontrásemos con las personas para poder, juntos, encontrar mejores verdades.

Pero entre las dos personas, no el uno contra el otro.

1.3. Maestro de una ecología trascendente

El Maestro Ignacio jamás usó el término ecología. Incluso se sonreiría al verse incorporado a la formación de los ecologistas.

Hubo épocas en que el planteamiento ecológico era innecesario: cuando todos disfrutaban de la creación.

Empezó a preocupar el tema cuando empezaron las acotaciones de bienes de la naturaleza en privilegio de unos pocos.

Y ha crecido la alarma cuando el bien de todos se ve amenazado por el abusivo despojo de los bienes de una naturaleza que se siente tan amenazada, que empieza a responder con el mismo lenguaje: la amenaza del deterioro de la vida y hasta un previsible final de la misma imposibilidad de la vida.

Evidentemente Ignacio de Loyola no tenía esos planteamientos cuando nos enseñaba a mirar a la naturaleza como lo hacía él mirando el cielo estrellado de Roma, o la inmensa variedad y riqueza del mundo vegetal y animal.

Existe lo que podríamos llamar una educación ecológica a mínimos: supone enseñar a limpiar la suciedad ambiental y a evitar cuidadosamente los deterioros en la misma.

Una educación ecológica de un nivel superior se preocupa de la promoción de la calidad de la naturaleza y enseña, experimentalmente, a disfrutarla y a cantarla.

Poetas y místicos nos comunicaron esas sensaciones nuevas que se logran cuando algunos logran fusionarse muy vivencialmente con la misma naturaleza:

Pero, a mi juicio, Ignacio de Loyola rebasa todos los niveles al enseñarnos, en la famosa Contemplación para alcanzar amor, a encontrarnos con Dios en la naturaleza.

«El segundo es mirar cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dando el ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender»: una experiencia de encuentro, de diálogo de la creatividad de Dios y del reconocimiento nuestro, de intercambio creativo y personalizado.

Toda la creación está trascendida y es como la terminal preciosa de una presencia de Alguien que se expresa, se comunica y se entrega en esa misma Creación.

2. Objetivos preferidos en la educación del Maestro Ignacio

2.1. Maestro de la personalización

A cada uno según su complexión; a cada uno con el respeto más exquisito; a cada uno escuchándole para comprenderle y para poder tomar decisiones con él sobre él; flexibilizando hasta la estructura misma y ritmo de los ejercicios para adaptarse a cada uno: desde su nivel intelectual hasta su deseo de progresar más o menos en su provecho espiritual.

Y con la finura de quien considera a cada uno con todo el respeto que cada persona merece:

«Siempre ha de decir bien de todos; y nunca descubre vicio de ninguno, sino cuando para consultar alguna cosa es menester; y si uno basta para la consulta nunca lo dirá a dos; y si dos, nunca a tres.»

Pero la personalización en el procedimiento educativo del Maestro Ignacio se llama: su relación con Francisco Javier, su relación con Pedro Fabro, su relación con Alfonso Salmerón, su relación con Diego Laínez, su relación con Pedro de Rivadeneira...

Sobre todo desde la experiencia personalizada con cada uno de practicar los ejercicios espirituales bajo su dirección personal.

2.2. Cultura sobre la erudición

Una enciclopedia no es culta, y una persona enciclopédica no es una persona culta.

El Maestro Ignacio lo decía a su manera, como siempre: «porque no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir las cosas internamente».

Y el «internamente» tiene un doble sentido: comprenderlas por dentro; sentir las desde nuestro interior.

Sólo existe la cultura cuando se llega a esas dos interioridades: tenemos cultura cuando llegamos a tener nuestros sentimientos, nuestras convicciones, nuestra postura personal y pertenecemos a una cultura cuando la comprendemos y sintonizamos con ella, sintiéndonos en su río: de valores, de expresiones, de lectura de la realidad.

Al Maestro Ignacio le parecería incompatible con la educación y con la cultura un sistema de aprendizaje que retuviese nociones, conceptos, fechas y juicios de valor aprendidos y retenidos con alfileres (o centraminas) sólo el tiempo suficiente para reproducirlos en un examen o control, sin el tiempo de asimilación y sin la vivencia que da la asimilación personal.

Dicho en términos un poquito más actuales: no alumnos para desarrollar programas, sino programas que desarrollen alumnos.

No concursos de reconocimientos de datos, sino posturas personales, después de haber descubierto los porqués de las manifestaciones culturales.

2.3. La superación de la mediocridad

Se habla como de estilo genuinamente ignaciano, del espíritu del magis: y de ahí se deriva a la altanería jesuítica: los que no se contentan con ser del montón y necesitan destacar.

La verdad es que nadie aceptaría, en cosas que merezcan la pena, contentarse con los mínimos, pretender la mediocridad.

La verdad es también que pretender superaciones de la mediocridad no equivale a competitividad: el atleta que se entrena en solitario superando sus propias marcas, es un buen ejemplo del crecimiento mayor en referencia a las posibilidades de crecimiento que uno mismo tiene.

Lo que pasa es que el Maestro Ignacio provenía de ambientes de lucimiento caballeresco, y a lo largo de la historia la Compañía de Jesús no siempre apareció y se presentó como «la mínima» Compañía: de ahí tantos equívocos.

El Maestro Ignacio decía que, sobre lo razonable, está lo generoso, que, sobre cumplir los mínimos, está lo agradecido; que, sobre lo que cumple requisitos, está lo creativo.

Y, desde luego, en que en educación no basta que las personas se desarrollen, sino que se desarrollen todo lo

posible: porque vivirán mucho mejor; porque serán mucho más útiles; porque, en un mundo de valores, la mediocridad tiene mal acomodo.

3. El posible mensaje del Maestro Ignacio podría sonar así:

Educar es lograr que ellos aprendan a vivir.

Vuestra acción educadora lograría ser extraordinariamente más eficaz si dedicáseis a la educación de adultos muchos de los esfuerzos que dedicáis a los niños y adolescentes: ellos, los adultos, sobre todo los padres, son los agentes más eficaces de la educación de sus hijos.

La madurez de la persona se mide por la madurez de su libertad. No creéis ataduras desde la educación: y nunca olvidéis que sólo van a aprender a sentirse libres con experiencias de libertad. Y no olvidéis los condicionantes más decisivos para una sana y buena elección en la vida: la libertad interior y la iluminación enriquecida del objeto de la decisión. Sería muy bueno que los alumnos aprendan a tomar decisiones tomando decisiones en su vida familiar y escolar.

El diálogo como talante humano en la convivencia de las personas: mucho más diálogo que dialéctica y mucha más búsqueda entre todos de la verdad, que no imposición de las verdades de unos sobre los otros.

La ecología trascendente es el encuentro, en la naturaleza y desde la naturaleza, con quien en ella y desde ella se nos hace presente y nos comunica lo mejor de sí mismo.

Cada alumno es singular: ni reglamentos ni programas que no tengan en cuenta a cada uno. Es un gran error tratar a todos igual: el trato personalizado y acompasado a las capacidades y ritmos de cada uno.

Nunca los alumnos para los programas: siempre los programas para el desarrollo de los alumnos.

Que les merezca la pena (por ellos mismos y por el servicio a los demás) el máximo desarrollo de sus posibilidades: eso mejorará su capacidad de sentirse más satisfechos en la vida y dará vuelos a su creatividad original y servicial.

No les contéis a los alumnos experiencias de la vida: dejadles que las hagan, y acompañadles en la reflexión sobre sus propias experiencias y arreglaos para introducir en vuestros planes educativos la experiencia del peregrinar, la experiencia de formar y sentirse grupo y la experiencia inigualable de superar sus propios fracasos y dificultades.

Iniciadles en el proceso de interiorizar sus experiencias, los mensajes que reciben. Y sus propias lecturas. Que se asomen a otras experiencias humanas.

Y ¡ojalá ellos descubran, como descubrí yo, un sentido tan profundo para la vida como el de proponerse en todo amar y servir a quienes necesiten de nosotros! ¡Ah!, ¡y muchas gracias por vuestra arriesgada y sacrificada tarea de contribuir a la educación de tantos y tantos alumnos en todo el mundo!